

# *Carta de despedida y* **La guerra de Garro**

Guadalupe Loaeza

*En estos emotivos y agudos textos, Guadalupe Loaeza, autora de Las niñas bien, Las obsesiones de Sofía, Siempre estará París, entre otros, aborda la figura enigmática de Elena Garro, sin duda una de las narradoras fundamentales de la literatura mexicana.*

Mi queridísima Elena:

Siempre he odiado las despedidas. No me gustan. No sé manejarlas. Me hago bolas con los sentimientos que me provocan. Sin embargo, con respecto a la tuya, la cual me vi obligada a hacer en 1998, me preparé particularmente. De hecho desde la primera vez que te vi, hace como tres años en Cuernavaca, me dije que tal vez ésa sería la última vez que te veía. Recuerdo que cuando nos despedimos hasta se me hizo un nudo en la garganta. Pero afortunadamente para mí, no fue así. Después nos vimos muchas veces. ¿Te acuerdas que también nos hablábamos por teléfono? Era la época en que las llamadas sí podían entrar al 22-50-69. Pero más tarde, por más que una trataba de comunicarse, no había manera. Un extraño duende les había quitado a ti y a tu hija Helena la posibilidad de comunicarse telefónicamente con los demás. Cuando querían mandarme un recado, me hablaba un joven (así me lo indicaba su voz) y me lo daba de su parte. Por cierto, hace dos días este mismo muchacho me llamó de parte de tu hija para decirme que estabas en el hospital de Cuernavaca a causa de una pulmonía y que necesitaban dos mil pesos urgentemente. Sentí horrible, porque justo acababa de llegar del banco en donde me había enterado que nada más tenía mil ciento quince pesos. “Ay, qué pena —le dije al

señor— pero fijese que yo también ando bujísima. ¿Qué podemos hacer? ¿Por qué no me llama mañana?, voy a tratar de pedirle dinero a mi hermana Kiki, ¿se lo mando al mismo número de cuenta de banco que tengo apuntado? Muy bien. Déme por favor dos días y yo le consigo como sea ese dinero”. Colgué le llamé a Kiki, pero desafortunadamente no la encontré. Eso fue hace dos días. Y ayer sábado me enteré que ya te fuiste para siempre. Me llamó Rafael Tovar desde su celular para darme la noticia. Estaba en la carretera hacia Cuernavaca. Le conté lo del dinero y me dijo que no se lo explicaba porque el Consejo había estado cubriendo todos los gastos de los doctores y del hospital aparte de lo que corresponde de la beca. Se oía triste. ¡Híjole, cuando colgamos me sentí de la patada! No sabía qué hacer. Me quedé sentada al borde de mi cama con cara de mensa. Así estuve como diez minutos. Me empezaron a dar remordimientos porque no les había enviado el dinero. Me empezó a entrar culpa porque no te había mandado una postal desde París. Comencé a sentirme muy culpable, porque antes de salir de viaje no me había despedido de ti y porque no te había llamado el 18 de agosto, día de tu santo. “Se murió triste”, empecé a decirme. “Estoy segura que murió triste”, me repetía sintiéndome un poco huérfana. No sabes cómo me entristecía esta certidumbre. Asimismo, me daba mucho coraje



Elena Garro

© Rogelio Calder

imaginar que te habías ido así de entristecida. Recordé tu mirada y me entristecí doblemente. Después pensé que era una tonta, que nadie se podía morir feliz de morirse. “Es que tampoco se ha de haber muerto en paz”, pensé. Y, claro, de inmediato me acordé de Octavio Paz y volví a sentir mucho desconsuelo. “¡Qué horror, ya se fueron los dos y su hija se quedó muy sola!”, reflexioné afligidísima. “¿Y ahora qué va a ser de Helenita? ¿Dónde irá a vivir? ¿Se llevará con ella todos sus gatos? ¡Qué tristes han de estar ellos también!”. Pensaba en todo lo anterior al mismo tiempo que veía por la ventana de mi recámara. “¡Qué sucios están los vidrios! ¡Qué día tan gris! ¡Qué frío está haciendo! ¡Qué callada está la casa!”, me decía con un chingo de tristeza. ¿Y sabes que hice después?, le llamé a Archibaldo Burns. Por un momento, mientras sonaba el timbre de su teléfono, sentí un impulso de colgar. Me daba pena comunicarle una noticia que sabía que lo abrumaría. Por otro lado, pensaba que era importante que la supiera. ¿Verdad que hice bien en llamarle? Sé que tú lo quisiste mucho. El caso es que cuando se lo dije, se hizo un gran silencio. “¡Qué barbaridad!”, agregó con su voz muy compungida al cabo de unos segundos. Después hablamos de ti, de tu vida, de Helenita y de la muerte. “Últimamente he estado pensando mucho en este tema y es para que se le paren a uno los pelos de punta”, me dijo. “Es que es una despedida de a de veras; es irse para siempre”, le comenté. Colgamos muy desconcertados. ¡Ah!, cómo desorienta la muerte de los amigos. ¿Verdad que tú y yo éramos amigas, Elena? Lástima que te haya conocido tan tarde. Lo que me gustó mucho es que desde el primer encuentro, luego luego hicimos *click*.

Sabía que eso sucedería. Estaba segurísima. Lo supe desde que empecé a leer tus libros. Enseguida tuve la sensación de que tú y yo ya nos conocíamos. ¿Te acuerdas que te lo dije? Y tú te reíste. Quizá lo que también ha de haber influido es que hubieras conocido tan bien a mi mamá. Probablemente eso nos acercó mucho. ¿Te acuerdas que se veían en París y que te hacía mucho reír con todo lo que te contaba? Ahora sí van a poder platicar muchísimo tiempo las dos. Eso es lo bueno con las despedidas definitivas terrenales. Que los que se van, se vuelven a encontrar en otro mundo. Entonces, seguramente ya te has de haber encontrado con muchos conocidos. A lo mejor te hicieron hasta una fiesta de bienvenida. ¿Sabes lo que también pienso? Que por fin descansaste. Híjole, sinceramente te urgían unas súper vacaciones. Llevabas años sufriendo. Llevabas años de mucha soledad y de aislamiento. A veces tenía la impresión de que te dejaste acorralar por ti misma. Creo que tú solita elegiste un camino demasiado dificultoso. Uno lleno de curvas, de piedras, de baches, de precipicios y de trampas. Pero, ¿sabes qué? No hubiera podido ser de otra manera. Una es arquitecta de su propio destino. Y el tuyo te lo construiste sobre muchos sinsabores. “Genio y figura hasta la sepultura”, dice el refrán. Hasta allá te llevaste tu genio, tu talento, tu creatividad y todos los cuentos que ya no tuviste tiempo de escribir. Eso también me entristece mucho. Por eso quizá te fuiste triste, por todo lo que no escribiste. ¿Verdad que una pierde mucho tiempo en tonterías? ¿Verdad que a una se le va mucha energía en cosas que no valen la pena? ¿Verdad que no hay nada como el trabajo? Lo que sucede es que te hacías muchas bolas con tu tiempo. Igualito me

sucede a mí. Tengo la impresión de que nunca supiste administrarlo. Bueno y, ¿para qué hubieras tenido que administrar mejor tu tiempo? ¿Quién soy yo para decirte nada? Es absurdo hacer este tipo de consideraciones. Hiciste lo que tenías que hacer y punto. A propósito de eso de “genio y figura hasta la sepultura”, permíteme invitarte a recorrer algunos de tus jardines secretos, de los cuales me enteré gracias a las cartas que le enviaste desde París a Emmanuel Carballo (él también ha de estar muy triste con tu partida) allá por los años ochenta y que se publicaron en forma de una larga entrevista en su espléndido libro *Protagonistas de la literatura mexicana* (Editorial Lecturas Mexicanas). Una de las tantas preguntas que te hizo fue: “¿Crees en la felicidad?”. A lo que contestaste: “Sí, porque me acuerdo que la practiqué en la infancia”. En ese entonces vivías en Iguala, Guerrero, y tu héroe era el Padre Pro y tu enemigo personal Plutarco Elías Calles. Tus juegos consistían en construir un teatrillo de títeres y en convertirte en merolico saliendo a la calle a vender ungüentos para todo tipo de males. Comprendo que hubieras sido muy feliz de niña porque tus padres José Antonio Garro y Esperanza Navarro siempre te permitieron desarrollar tu verdadera naturaleza, la de “parrucula revoltosa” y por añadidura te ayudaron a desarrollar la imaginación, las múltiples realidades, el amor a los animales, el baile, la música, el orientalismo, el misticismo, el desdén por el dinero y la táctica militar leyendo a Julio César y a Von Clausewitz. Como tú, ellos también vivieron siempre fuera de la realidad. Dices que a ellos nada más les gustaba leer. Por lo poco que me han contado de tu padre,

tengo entendido que era un hombre sumamente erudito. Cuando eras niña te leyó los *Diálogos* de Platón. Además, sé que cuando Octavio Paz te hacía la corte se pasaba horas y horas platicando con don José Antonio. También le cuentas a Carballo que cuando festejabas el día de tu santo, tu tío Boni, el hermano de tu padre, te enviaba con su criado don Félix un regalo cada hora. Según tú fue porque adivinó que en la vida nadie te regalaría nada y quiso compensarlo. Así mismo le platicas mucho de tus hermanas Deva (ex novia de Rodolfo Echeverría Álvarez). Tengo entendido que cuando estabas de novia con Octavio, se iban los cuatro a remar a Chapultepec (ya me imagino cómo se han de haber divertido), de Estrellita y de tu hermanito al que tiraban en la fuente para “ver cómo se ahogaba”. Cuando eras niña odiabas los números, te parecían inútiles. Pero un buen día el profesor Rodríguez descubrió que tenías grandes aptitudes para escribir. “Es una gran escritora”, le anunció a tu familia. Te dio a redactar una invitación para un “baile en palacio” y tú pusiste la palabra “gentileza”. Bueno, pues a partir de que lo leyó el profesor, de inmediato le comentó a tu papá que de seguro te convertirías en una gloria nacional. ¡Qué intuición de maestro! Con razón tu padre siempre decía levantando el dedo índice: “¡Un maestro es sagrado!”. Estoy totalmente de acuerdo con él. Es muy interesante cómo le narras a Carballo la Guerra Cristera. Le platicas que cuando el General Amaro llegó a perseguir a los cristeros todo el pueblo se encerraba. Deva y tú corrían junto a su coche abierto para gritarle hasta quedarse roncas: “¡Viva Cristo Rey!”. Cuentas que el Padre Pro se aso-



Elena Garro con Rafael Alberti, María Luisa Vera, José Chávez Morado, Fernando Gamboa, Octavio Paz, Susana Gamboa, Silvestre Revueltas y José Mancisidor, entre otros

maba por una ventanita enlutada y que todos llevaban su estampita en la mano. Ya me imagino cómo se ha de haber visto de triste ya fusilado. Según tú, cuando eras niña no pensabas nunca en casarte: “el mundo ofrecía demasiadas atracciones para encerrarse en una casa ajena con un desconocido”, sólo imaginarlo te daba pavor. Pero, más tarde, la única razón que encontraste para casarte era el poder beber café. ¿Cuántas tazas de café no habrás tomado en tu vida? Pero tal vez lo que más tomaste fue Coca Cola. Te fascinaba la Coca Cola, ¿verdad? Recuerdo que cuando te iba a ver, tenías quién sabe cuántas latas vacías frente a ti. O estabas fumando, o estabas tomando Coca Cola. Bueno, pero volvamos a tu infancia. Un día tu hermana Deva se fue a la ciudad a estudiar a un colegio muy elegante que se llamaba Sara L. Keen. Te mandaba fotos con su uniforme de gala blanco, con su falda muy plisada. “¿Quieres ir o prefieres seguir aquí de salvaje?”, te preguntaba tu padre muy alarmado. A lo que le contestabas: “Prefiero ser salvaje”. La “escuelita” en Iguala a la que ibas se fundó gracias a la ayuda de algunos “ricos”, entre los que se encontraba tu papá. De allí que en el pueblo te dijeran que “eras una riquilla” y que te creías muy importante. Eso te enfurecía. En una ocasión el inspector de la escuela les ordenó a las alumnas que hicieran una composición para la fiesta cívica del Día del Árbol. La escribiste y naturalmente ganaste el concurso. A partir de ese día dices que empezó tu “gran carrera”. De todo lo que le dijiste a Carballo, por medio de tus largas cartas, lo que más me gustó fue aquello de que todo lo que te sucedía en la vida había sido al revés. ¡Qué flojera dan las personas a las que todo lo que les sucede es al derecho!, ¿no crees? ¡Qué extraño que desde pequeña hubieras estado tan obsesionada por “el revés y el derecho” de las cosas! Bueno, pues como todo te sucedía así, al revés, no te gustaban las muñecas y amabas a los soldaditos. Además te apasionaba “el revés de las cosas (materiales)”. ¡Qué bonito! Porque pienso que son precisamente aquellas las que son interesantes. De niña pasabas horas y horas enteras desarmando juguetes y examinando los resortes de las camas; el fondo de los sillones; la vuelta de las cortinas y la de los trajes. Te llegó a obsesionar a tal punto este problema que aprendiste a leer al revés y hasta hablar de la misma forma. En otras palabras, inventaste un idioma que nada más comprendían Deva y tú. A las monjas teresianas (con las que estuviste antes de ir a Iguala, viaje que coincide con el momento en que empezó la persecución religiosa) también las habí-



© Rogelio Calder

as puesto de cabeza con tus originalidades. “Ofendes a Dios”, te decían con su aliento a hostia. Pero el colmo fue que para que demostraras tus ofensas debías clavar una espina de rosal en un Sagrado Corazón que estaba colocado sobre el pupitre de la monja. Pero a ti esto no te impresionaba; tú clavabas la espina y te quedabas tan campante. Esto naturalmente las irritaba todavía más. “¿No tienes remordimientos?”, te preguntaba preocupadísimo tu papá. “No, no tengo remordimientos”, le contestabas muy serenamente. Cuando llegó a ser muy viejo, te preguntaba lo mismo: “¿Todavía no tienes remordimientos de nada?”. Y tú, como Johnny Walker, tan tranquila; no tenías remordimientos. Más bien, en febrero de 1980, cuando escribiste lo anterior, no tenías. Dime, Elena, ¿tampoco al morir tuviste? Como puede ser que sí, puede ser que no. Lo poco o lo mucho que te conocí me hace suponer que no tuviste. Sin embargo, me pregunto si tal vez al final de tu vida y al hacer un balance de todo lo que hiciste, no surgió por allí uno que otro remordimiento. Quizás en relación con tu hija. Siempre he pensado que se querían demasiado. Que a lo mejor dependían exageradamente una de la otra. Y esto Elena, por desgracia, tiene un costo terrible y muy elevado. ¡Cuánto desamparo ha de sentir Helena con tu ausencia! Ha de tener la impresión de que le arrancaron un pulmón o que le cortaron un brazo. No se ha de hallar. Es espantoso no hallarse en la vida. Sentirse perdida, sin brújula. Es como si le quitaran una pata a una silla, así se siente una de descontrolada. Desde aquí, es decir desde mi computadora, le mando

Por lo general, las protagonistas de la obra de Garro son mujeres que sufren, que viven intensamente.



toda mi solidaridad y mi amistad. Afortunadamente, como tú, ella también tiene la suerte de poderse apoyar en su pluma. En estos momentos, estoy segura que podría escribir los versos más bonitos y más tristes que jamás haya escrito antes. Ojalá que a partir de ahora se ponga a trabajar en su propia obra, olvidándose así de la de su madre y de la de su padre. Los pocos poemas que he leído de ella me han gustado muchísimo. ¡He allí una veta maravillosa! Pienso con todo respeto que ahora como nunca tendría que explotarla. Ojalá. No sabía que en 1953 hubieras estado tan enferma en Berna, al grado de haber tenido que recibir un tratamiento terrible de cortisona. Tampoco sabía que fue durante tu convalencia que escribiste tu primera novela *Los recuerdos del porvenir*. Dices que la hiciste como un homenaje a Iguala, a tu infancia y a aquellos personajes a los que admiraste tanto. Al terminarla la guardaste en un baúl, junto con algunos poemas que le escribiste a Adolfo Bioy Casares. Según tú fue el amor loco de tu vida y por el cual casi mueres. ¿De veras su relación fue como un mal sueño que duró demasiados años? ¿Por qué dices eso Elena? ¿Te das cuenta de haberle inspirado una pasión a alguien como Adolfo Bioy Casares? Si hubieras visto la vida “al derecho”, créeme que no le hubieras interesado nada. ¿Sufriste mucho con este amor Elena? ¿Cuánto? ¿Pensaste en él antes de morirte? ¿De quién de todos tus amores te acordaste en esos momentos? ¡Ah!, ya sé que sí has tenido remordimientos. Me acabo de acordar de una entrevista que te hizo

el Canal 40, hace aproximadamente un año, en donde confiesas haberte arrepentido por todos los amantes que no tuviste. No sabes lo que me impresionó esta reflexión; la dijiste con tal sinceridad y llaneza. En t o nces, ¿sí llegaste a tener remordimiento por esto? En fin, son cosas que no me incumben. Elena, ¿qué crees? Ya llegó la hora en que me tengo que despedir de ti. ¿Te das cuenta? No, no puedo. Antes de hacerlo quiero darte las gracias de tantas cosas que no sé por dónde empezar. En primer lugar, gracias por haberme enseñado que el acto de escribir es un acto de libertad privada. Gracias por haberme enseñado a no tener innecesariamente remordimientos. Gracias por haberme enseñado a decir lo que pienso y a firmar lo que escribo. Gracias por haberme enseñado a comprender un poquito mejor a los gatos. Gracias por haber sido siempre tan sincera y sencilla conmigo y con todos. Gracias por haberme permitido visitarte tantas veces. Gracias por haberme hecho creer que las dos éramos muy amiguitas. ¿Te acuerdas del día que corrí a Sanborn's para comprar una botellita de oxígeno y que no entendía las instrucciones? Gracias por haberme tenido tanta paciencia ese día. Gracias Elena. Gracias por todo. Odio las despedidas. Me chocan. ¿Ves cómo me hacen llorar?

#### LA GUERRA DE GARRO

Cuando Elena Garro era adolescente se convirtió en pirómana. En el jardín de su casa de Iguala hacía hogueras enormes. Amaba el fuego. Un día incendió parte de la casa de doña Carolina Cortina. Mientras las llamaradas devoraban todo lo que se encontraba en su habitación, Elena observaba el espectáculo con verdadero júbilo. Entre más se intensificaban las llamas, más disfrutaba su color de oro y su calor ardiente. A partir de ese momento comprendió que toda su vida jugaría con lumbré, a pesar de correr el riesgo de quemar sus propias alas. Para la autora de *La semana de colores*, la época más feliz fue la infancia. Sus padres, José Antonio Garro y Esperanza Nava, le enseñaron el desdén por el dinero, la imaginación y un profundo amor y respeto hacia los libros. En la familia Garro todo el tiempo se leía. Cuando Elena y su hermana Deva todavía eran muy niñas leían a Garcilaso, a Lope de Vega, a Calderón y los *Diálogos* de Platón. Leían todo lo leíble. Luego su padre les tomaba la clase de literatura y les preguntaba qué habían entendido. Un día Elena le comentó las *Coplas*, de Manrique. Y citó la siguiente frase: “Nuestras vidas son los ríos”. Muchos años después escribió un cuento que intituló de la misma forma. Después del bachillerato, que cursó en la Ciudad de México, Elena entró a la Facultad de Filosofía y Letras. Fue en esa época que conoció a Octavio Paz. La primera vez que se vieron fue





© Rogelio Calder

en una fiesta de unos familiares de Elena. Al otro día y después de haber bailado con ella dos piezas, fue a buscarla a la Facultad. Entonces él estaba estudiando leyes. Siempre que iba por ella le llevaba camelias y algún poema. Una vez que establecieron una amistad más afectuosa, Paz empezó a ir mucho a la casa de Elena. Allí se quedaba horas y horas hablando con su papá. Pero cuando el reloj sonaba las ocho, Elena se iba a la cama. Casi treinta años estuvieron casados. Los dos eran tan geniales y creativos que llegó un momento en que ya no se soportaron más. Su única hija, Helena, heredó el talento del padre para escribir poesía y la imaginación de Elena para escribirse todos los días un nuevo cuento en donde aparece feliz y sin resentimientos. La primera obra de Elena Garro se llamó *Un hogar sólido* (1958). Es un libro en que reúne seis piezas de teatro en un acto. Dice Emmanuel Carballo que Garro rompe con el teatro costumbrista y que su realismo va más allá de la descripción de las costumbres y el análisis psicológico de los personajes. Con *Los recuerdos del porvenir* (1963), su primera y única novela, de alguna manera recuerda a *Pedro Páramo*, de Juan Rulfo pues los personajes de *Los recuerdos del porvenir* están muertos al comenzar la historia. Dice Archibaldo Burns que en realidad Elena terminó de escribirla en 1953 y que la metió en un cajón. Después en una de sus tantas mudanzas, se le traspapeló y tuvo que volver a escribirla. “La primera versión era mucho mejor”, dice Burns. Según Elena Poniatowska, Elena Garro es como Juan Rulfo, pero en mujer. Lo que ciertamente nunca se imaginó Garro es que con esta obra inauguraría una corriente llamada “realismo má-

gico”. Sin darse cuenta, fue la vanguardista de este estilo ahora tan socorrido por tantos autores latinoamericanos. Cuando Gabriel García Márquez la leyó, muy poco tiempo después, empezó a escribir *Cien años de soledad*. Un año después, en 1964, Garro publicó su tercer libro, *La semana de colores*. En esta recopilación de cuentos aparece uno intitolado “¿Qué hora es?”. Como la autora, la protagonista Lucía Mitro tiene vocación de salamandra ya que cuando era pequeña su padre le abrió el portón en donde la estaba esperando una gran hoguera toda de oro. El único impulso que sintió fue salir corriendo hacia las llamas y dejarse abrazar por ellas. Con *Felipe Ángeles*, una obra en tres actos que se estrenó en México en octubre de 1978 y fue publicada al año siguiente, la autora pasa del realismo mágico, al realismo político e histórico. *Andamos huyendo Lola* (1980) reúne diez textos narrativos y, como en sus libros anteriores, siempre aparece la desdicha acompañada por el milagro. Por lo general, las protagonistas de la obra de Garro son mujeres que sufren, que viven intensamente y que de alguna manera están más allá de la inocencia y de la culpabilidad. Sin embargo, muchas de ellas sienten una culpabilidad ancestral. Lo más llamativo de la obra de esta autora es el tratamiento del tiempo. Para ella es redondo como una naranja y amarillo como las llamas de los incendios que provocaba desde que era muy niña. Sin duda, Elena Garro es una de las mejores escritoras. Sin duda, Elena Garro es una de las mejores escritoras mexicanas que vivió y murió atrapada en su propio laberinto como cualquiera de sus múltiples protagonistas. **U**